



INTERVENCIÓN DE CLARA PARDO

Rueda de prensa

Buenos días a todos.

Muchas gracias por acudir a nuestra llamada anual... aunque sea de esta manera. ¡Cómo nos ha cambiado la vida en un año! Parece increíble que nuestra sociedad, aparentemente tan segura y ordenada, y tan libre de sobresaltos, haya visto como se han dado la vuelta a muchas de las creencias en las que basábamos nuestra convivencia, que han mostrado, ahora, toda su fragilidad.

Ante el coronavirus, de poco han servido nuestros muros y fronteras, implacables frente a lo que se consideran amenazas a nuestro bienestar, pero absolutamente permeables a una amenaza microscópica que, de alguna manera parece, aunque no las tengo todas conmigo, que nos ha hecho conscientes de nuestra propia vulnerabilidad. Y lo digo, porque, aunque la pandemia señala lo contrario, nuestra aldea global parece hoy más dividida que nunca entre el rico Norte y el Sur empobrecido.

Un año después de que saltaran las primeras alarmas en occidente, el coronavirus sigue entre nosotros, y ha contagiado ya a cerca de un centenar de millones de personas en todo el mundo. En occidente nos enfrentamos a una crisis sanitaria sin precedentes en el último siglo que, desgraciadamente, está relegando al olvido a otras crisis y emergencias que matan y causan más estragos que el virus y de las que, nunca nadie parece acordarse: el hambre y la pobreza. Unas crisis derivadas de la pandemia más dolorosa y más vergonzante: la desigualdad.

Como venimos haciendo desde hace 62 años, nosotros continuaremos trabajando para que el mundo no siga pasando de puntillas ante estas crisis; porque, tras las abrumadoras cifras del hambre y la pobreza, que no cesan de aumentar, hay personas, seres humanos, historias de vida... Y no hay vacuna que pueda con la indiferencia...

No podemos seguir tolerando que el hambre afecte a más 690 millones de personas, una cifra que se estima que aumentará hasta superar los 800 millones. El hambre no es contagiosa, pero también mata, y mata mucho más que la COVID-19, que el sida y que otras enfermedades. Pero contra el hambre no hay vacuna, sino una indiferencia egoísta carente de la más mínima solidaridad.

Para millones de personas, para los más empobrecidos, para los 1.300 millones de personas afectadas por la pobreza multidimensional: refugiados, migrantes, trabajadores en precario, minorías étnicas y tribales, niños vulnerables, ancianos, mujeres... de los países en los que trabaja Manos Unidas, la pandemia del coronavirus está teniendo un impacto brutal, del que les va a ser muy difícil recuperarse en mucho tiempo. Se habla ya de décadas de retroceso en los planes de desarrollo... ¿Cuántas de estas personas no han tenido que plantearse durante estos meses la disyuntiva de morir de hambre o de covid? Una elección que nunca debería plantearse un ser humano.



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

En Manos Unidas este fatídico año de la Covid-19 nos ha obligado a adaptar programas y estrategias a corto plazo –y, en algunos países, también a medio plazo– para orientar la acción hacia una asistencia humanitaria de carácter urgente, para atender, precisamente, a esos colectivos más desprotegidos, completamente ahogados por las medidas de confinamiento decretadas por los diferentes gobiernos. Esto nos permitió que, de los 160 proyectos de emergencias aprobados a lo largo del año 2020, 133, se hayan destinado a emergencias derivadas de la pandemia de COVID-19 en Africa, Asia y América Latina. Además, en los proyectos ya en marcha se han incluido partidas de mitigación de los daños de la COVID-19 en unos 200 proyectos de desarrollo, nuevos o ya en ejecución. En total, Manos Unidas ha destinado casi 4,6 millones de euros a hacer frente a una crisis tan grave como inesperada.

Nada de esto hubiera sido posible sin el apoyo de nuestros socios y donantes: personas físicas, empresas e instituciones públicas y privadas. Nuestros socios, a pesar de las enormes dificultades a las que nos enfrentamos en España, siguen mirando más allá de nuestras fronteras y han permanecido fieles a Manos Unidas y a su trabajo en lugares lejanos... Muchos de ellos han aumentado, incluso, sus aportaciones sabedores de que una crisis como la que nos golpea a nosotros (y a la que, por supuesto hay que atender) es una auténtica emergencia para muchos millones de personas en los países más pobres.

En este año que acaba de comenzar y que no presenta unas perspectivas muy halagüeñas seguiremos trabajando para los países más empobrecidos en los que esta crisis está presentando su peor cara. La solidaridad por la que abogamos, va mucho más allá de ser un “*acto esporádico de generosidad*”; debe ser, como nos pide el Papa: una manera de “*luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales*”. Porque solo con la solidaridad bien entendida, podremos, realmente, hacer del mundo la tierra de todos.

¡Pero qué difícil lo veo!

Estos días atrás mientras escuchaba, bastante perpleja, el debate de las vacunas... me preguntaba dónde ha ido a parar esa solidaridad de que tan orgullosos nos hemos sentido estos meses atrás... Si no somos capaces de ser solidarios entre nosotros, ¿cómo vamos a serlo con lo que menos tienen? ¿Dónde está el compromiso solidario adquirido con las naciones más empobrecidas? Me temo que, una vez más, esas promesas y compromisos serán papel mojado... Qué poco hemos aprovechado la oportunidad de cambiar que nos ha dado la pandemia... Como siempre, solo nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena... ¿Quién, más allá de las ONG y de algunos organismos internacionales, se están preocupando de si esas vacunas están llegando o no a los países más pobres? En Manos Unidas estamos recibiendo informaciones muy desalentadoras en ese sentido. ¿Quién se acuerda de Haití, sumido en el caos político y social? Allí no se ha oído hablar de la vacuna. Ni en la RCD. Ni en la República Centroafricana. Tampoco en Etiopía donde desde el mes de noviembre vive una guerra civil de la que nada se sabe... ¡Y no pasa nada!

¿Quién se plantea cómo se va a conservar la vacuna en lugares donde la electricidad brilla por su ausencia? Así nos lo explicaban desde Sierra Leona. ¿Cómo van las personas que viven al día, hacer frente a la vacunación en los países en los que ésta no sea gratuita, como sucederá en India en la segunda fase de vacunación? ¿Y quién va a socorrer a las personas sin recursos que



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

tengan que desplazarse cientos de kilómetros para acudir a vacunarse a los centros de vacunación, como sucederá en muchos lugares de México?

La respuesta parece más que obvia. Muchos millones de personas no van a vacunarse. Y cuando los habitantes de los países ricos estemos inmunizados, nos olvidaremos de los más pobres, igual que nos olvidamos de los millones de personas que pasan hambre y sufren pobreza... Y les cerraremos a cal y canto las fronteras, sin pensar qué es lo que mueve a estas personas a dejar toda una vida atrás. Quizá si nos parásemos a pensar, podrían cambiar muchas cosas. Pero no, nos emocionan más los contratos multimillonarios de los futbolistas o los rifirrafes entre políticos...

Estas situaciones que acabo de exponer, no se darían si en el mundo no imperase la desigualdad. Si realmente nos preocupáramos del bien común y actuáramos en consecuencia, de manera solidaria. Estamos lejos de ello, pero lo podemos conseguir. Con esta campaña, “Contagia Solidaridad para acabar con el hambre” queremos contagiar esperanza, porque la esperanza es el motor que nos empuja para trabajar todos los días.

Os dejo ahora con dos mujeres que saben mucho de pobreza y de hambre; de abusos, de explotación y de rechazo... Y también de solidaridad y de esperanza... Ellas trabajan de cerca con esos colectivos de población invisibles para la mayoría, que saben lo que es el hambre, la pobreza y el abuso. Y que han vivido en primera persona cómo la solidaridad es capaz de abrir caminos y sanar heridas.

Las mujeres campesinas de Ayachucho, indígenas, desprotegidas y abandonadas por el estado peruano, son, probablemente, el sector de población que más sufre las pandemias del hambre, la pobreza y la desigualdad en Perú. Raquel Reynoso está hoy con nosotros para ser altavoz de esas mujeres, capaces de ponerse el mundo por montera y de enfrentarse a la vida con la fuerza que da el sufrimiento.

Desde Israel, Alicia Vacas nos va a hablar de migraciones. De mujeres migrantes... DE mujeres que, como la mayoría de las mujeres que migran, huyen del hambre, de la persecución, de la guerra y de la pobreza... y se dan de bruces con lo peor del ser humano y con muros infranqueables de rechazo, de egoísmo y de ignorancia. Mujeres migrantes africanas que han sufrido lo indecible y que han salido adelante gracias al “milagro” de la solidaridad...

GRACIAS A TODOS